

Reales Cajas de Camagüey. Esteban Pichardo, hijo de Lucas, n. en Santiago de los Caballeros el 26 de diciembre de 1799, fué en Cuba una verdadera columna de estímulo para los estudios por sus diferentes obras que ocupan merecido honor en las bibliografías cubanas. Felipe Fernández de Castro, que asciende por grados en las oficinas de administración pública, y retorna a la Patria con el cargo de Contador de las Reales Cajas.

Y dejando sin incluir en este recuento a muchos dominicanos que han dado lustre, en la emigración, a las letras y a las artes y ciencias, y cuyos nombres están incluidos ya en diversas obras de carácter antológico, termino haciendo memoria de dos dominicanos que lejos de la madre patria permanecen sin brillo, y como ocultas sus virtudes: el doctor Tomás de Portes, que en Santiago de Cuba regenera con las aguas del bautismo al que fué poeta perillustre de América, José María de Heredia y Heredia, y habiendo vuelto a Santo Domingo, fué sucesor de la silla

Metropolitana que había ocupado don Pedro Valera, y el Dr. don Juan Vicente Moscoso, que en Santiago de Cuba rindió la jornada de la vida en 1827.

En fin, y porque entre los emigrados dominicanos debo mencionar a uno que sea como el símbolo de la pobreza y orfandad de tantas y tantas familias que, dejando su patria por terror hacia los negros de Occidente o por fidelidad a la Corona de España, abandonaron sus bienes y vivieron a expensas de un subsidio mezquino y tardío, lo que todavía fué para ellas pan breve pero tranquilo, cierro mi lectura con este nombre: don José de Guzmán, segundo Barón de la Atalaya, que sin ayuda del estado español y en medio de la mayor pobreza, educó a sus hijos y les dió carrera, pero él murió en una total indigencia en Santiago de Cuba. Su título, aunque pasa a dos de sus hijos, el que lo obtiene, no recibe la confirmación oficial. El título desaparece.

He dicho.

TIRSO DE MOLINA EN SANTO DOMINGO

POR FLERIDA DE NOLASCO

A Emilio Rodríguez Demorizi

Académico.

El Maestro Tirso de Molina es un resucitado del siglo XX. Todavía en el año 1906 se lamentaban los eruditos de la carencia de datos ciertos sobre Tirso y de que fuera por eso exigua su biografía. Gracias a posteriores investigaciones se está en conocimiento de que nació en Madrid en 1583 y no en 1571, como se había creído. Por no haberse hallado el acta de nacimiento, se ignora quienes fueron los padres, ni cual haya sido la condición social de Fray Gabriel Téllez, Mercedario calzado. De la familia del gran poeta dramático sólo se sabe que tuvo una hermana que abundó como él en desdichas, según su propia expresión. El sobrino que se ocupa en coleccionar parte de su obra parece ser personaje imaginario detrás del cual se esconde el fraile cuando, ya cincuentenario, publica parte de su obra. Como prudente, atendería a la debilidad ajena y, para no escandalizar a los pusilánimes, finge un sobrino que trabajará en imprimir sus comedias.

El apartamiento del convento ha sido barrera inexpugnable para conocer en detalles consecutivos su vida personal. Tuvo pocos amigos seculares y la mayor parte de su vida quedó encerrada en el secreto de los claustros. No fué sino en 1887 cuando la Academia Española abrió por primera vez un certamen sobre Tirso de Molina. Doña Blanca de los Ríos aportó en esa ocasión interesantísimos datos sobre la vida ignorada del gran poeta, recogidos por ella en la inédita Historia de la Merced. Poco tiempo después pu-

blicaba Don Emilio Cotarelo y Mori su primer estudio sobre Tirso, trabajado con agudo sentido crítico sobre los datos que de su vida da el Maestro en sus obras. A los trece años de este primer trabajo escribe Cotarelo otro con acopio de nuevos datos; pero ni aún así se llenan los vacíos que existen en la biografía del insigne Mercedario. Los datos posteriores que logra conseguir el Mercedario Fray Pedro Nolasco y por él doña Blanca de los Ríos, son acaso el material más precioso para el conocimiento de la vida de Tirso, que quizás nunca se llegará a conocer completamente.

De cual haya sido su vida antes de entrar en el Convento, nada se sabe. Entra novicio en el Convento de Guadalajara el 14 de Noviembre de 1600 y profesa en el mismo Convento el 21 de Enero de 1601, a los 18 de su edad. El Convento de Guadalajara fué destruído por completo y ni sus ruinas subsisten hoy.

No se nombra a Tirso como escritor antes de ser fraile. Algunas alusiones suyas dan a entender que concurrió a la escuela desde temprana edad y que cursó los estudios superiores en la Universidad de Alcalá de Henares. Un autor anónimo asegura que en poco tiempo se hizo dueño de mucha ciencia. Por apreciaciones equivocadas e irreflexivas se creyó que había entrado en el Convento a la edad de 50 años. Se imaginaban que era mucho saber para un fraile, su menudo y amplio conocimiento del mundo. Pero así



como lo bueno se conoce por acercamiento y amor, tal vez lo malo mejor se considera de lejos, y con más discernimiento en desprecio que en afecto. ¿Una festiva burla de las cosas múltiples, migratorias y frágiles, una amable sonrisa no cuadra bien para observar a distancia la existencia movедiza e inconsciente del hombre? Tirso avizó la vida desde el recinto conventual y supo, con un supremo don de artista, no tener amargura. Por ser antes que todo artista, obra de tal modo; que serlo es, según el decir de un pensador contemporáneo, "no tomar en serio esta persona tan seria que somos cuando no somos artistas."

Sonreía Tirso; sonreía ante la vida. Ya la sonrisa es de por sí una virtud moral; pero es también una gran virtud artística, término medio adecuado entre lo bufo y lo espantoso. Anacrónico, arbitrario, inconsecuente muchas veces con la realidad existente, ¿de qué otra manera sería su arte mejor? Ir más allá de lo real, hacer y deshacer, crear su propia realidad, ¿no es acaso un don de por sí maravilloso? No quería Tirso cohibir las imaginaciones de su fantasía, "que más vale, dice, que pequen en desvanecidas, que en pusilánimes". Su imaginación tiene agilidad asombrosa y sabe edificar, sobre cimientos verdaderos, arquitecturas fingidas por su ingenio, traspasando con gracia incomparable, los linderos de la realidad. Fingía, mentía a voluntad, desrealizaba, deformando con mirada de artista lo real. Realizaba así en el siglo XVII la aspiración artística de nuestro siglo: estilizar, deshumanizar, hacer del arte un juego encantador y, si conseguido, creer que se ha llenado un amable deber.

En sus comedias presenta Tirso, aunque velados por la destreza de su artificio, las intrigas de los políticos, la pretensión de los advenedizos y la vanidad de las costumbres entonces a la moda. Recuerda los días escolares, las pugnas literarias, los acontecimientos felices y adversos.... Todo cabe en su mundo literario, que resplandece en su bellísima movilidad. Implacable burlador del culteranismo que con grandes estragos había penetrado en el campo de las letras, se resiente, sin embargo, alguna vez, del mismo mal que aborrece y castiga, y que ha sido calificado con cortante expresivismo: "la gran heregía del culteranismo." El afán immoderado e imprudente de encontrar nuevas palabras y nueva expresión, el prurito de cambiar de molde a cualquier precio, era entonces como ahora instrumento voraz y amenudo destructor en manos de los que, a falta de pensamiento, según expresión del mismo Tirso, **hablan en extraordinario.**

Abordó el Maestro Tirso de Molina todas las situaciones de la escena, desde la tragedia hasta la comedia jocosa; y todos los matices: desde lo patético y sombrío, hasta lo brillante y festivo. Pero nada quizás más bello en su obra que los cantares, porque su psiquis poética era constantemente solicitada y muchas veces po-

Cuando el bien que adoro
seída por la cálida y fragante deidad popular:

los campos pisa,
madrugando el alba
llora de risa.
Cuando los piés bellos
mi niña hermosa
pisan/ juncia y rosa,
ámbar salen de ellos;
va al campo a prendellos
con grillos de flores,
y muerta de amores,
si el sol la avisa,
madrugando el alba,
llora de risa.

También es de notar la afición del poeta por la música. Con insistencia aparecen en sus comedias los cantares, porque la música, dice, se inventó para alivio del tormento, y siempre ha sido, en el amoroso asedio, diversión, si no remedio, porque es calma del sentido.

Amor, sonido, color y poesía, ese es su mundo. En todas partes ve el amor; las peñas y los ríos, con ser insensibles, él sabe que saben amar....

En el teatro de Tirso de Molina las situaciones se suceden rápidas, sin dificultad, y amenudo envueltas en finísima ironía. Con una ironía suave de conocedor experimentado sonríe ante la vida mientras mira de lejos sus afanes; con prematura experiencia conocería sus amarguras, sus crueldades e injusticias, y la sarcástica fuerza de la ventura. ¿Cuáles desgracias harían a su hermana semejante a él en el infortunio? Irreparables desventajas de nacimiento tal vez, o cuando no, azares impropicios de la suerte.

Tirso estudia el amor. En todo momento parece atento al plano afectivo de la vida. La actividad más interesante del hombre lo preocupa, y representa al vivo los grandes amores: David, es el padre amorosísimo; Don Manrique de Lara, el amigo por excelencia; Rut, la hija consecuente y fiel en la desgracia; Doña María de Molina, ejemplo de madre heroica en el desvelo y la constancia. ¿Y qué decir de sus galanes irresistibles, tipos del más acabado romanticismo? Aman con desesperación, con tristeza, con rabia... y hasta desean imposibles con lastimoso frenesí. "Conceptos del corazón entienden." Sufren verdadera locura de amor. Consiente, dice el enamorado, que te ronde, escriba, lllore, cele, obligue, alabe, pida.... Amo, y es mi mal amor.

Sus damas jóvenes no han de quedarse atrás: correrán tras los hombres al encuentro del amor, y habilísimas en el manejo de las armas femeniles, soñarán menos y realizarán más. Con inteligentes estratagemas lograrán sus deseos: serán insinuantes, prontas en atar y desatar alrededor, diestras en devaneos, en curiosidades y disimulos; con fascinador desparpajo manejan el tesoro de su exuberante feminidad.



En el universo de Tirso la mujer es el elemento, por seductor, inquietante; la piedra de toque con la cual el hombre habrá de tropezar a cada instante; la red que mañosamente lo aprisiona; el lazo que con habilidad lo sorprende; el por qué que determina sus acciones y, rendido, lo avasalla. Estas mujeres resplandecen, son soles, y los hombres tributarios suyos. Dominan con su astucia y ellos van embelesados tras sus gracias. Dominadoras por el encanto y la malicia, se hacen dueñas y soberanas. Ni discretas, ni tímidas: arriesgadas y temerarias... Mujeres al fin, incomprensibles, pero siempre victoriosas.

Esta feminidad desbordante toca a veces la orilla opuesta de las naturales inclinaciones y se hace, como en la venta de Viveros, no sólo varonil en el traje, como tantas veces, sino hombruna en la acción de herir mortalmente con la espada. ¿Y aquella hermosa guerreadora de brava rudeza que "mata a diez y a tantos hiere". y a quien por sus proezas llaman "la valentona"? Bríos de española, se dirá.

Que más valéis, vos Antona,
que la Corte toda.

La crítica que los hombres de Tirso suelen hacer de las mujeres no es odio ni desvío, sino simplemente despecho que nos hace sonreír y nos halaga, porque sabemos que el despecho es un hijo bastardo del amor.

En el teatro de Tirso el amor es multiforme y siempre hiperbólico. Mucho ha dado que pensar su hiperestesia amorosa no exenta de pesimismo. Los hombres de su mundo aman con violencia y al mismo tiempo con agria desconfianza. Urge el análisis. Pero no tendremos que enredarnos en laberintos psicológicos, pues se trata tan sólo de una actitud literaria. Tiene Tirso de Molina, —como tantos poetas españoles!— un medular e incurable populismo y, ferviente o desconfiado amateur, no hace otra cosa que seguir el matiz folklórico. Dice la copla popular:

Serás dueña de mi vida
Si sabes corresponder;
Sólo siento tu mudanza,
Porque al fin eres mujer.

Porque al fin eres mujer... El concepto que encierra este verso se repite con harta frecuencia en la poesía vulgar hispánica, lo mismo que en antiguos romances, y aparece con igual insistencia en Tirso. Parece, sin embargo, que el pesimismo español no entibia el ardor amoroso, ya que tanto el Maestro como el cantor popular dicen con variadas palabras:

Toma allá mi corazón;
Si lo quieres matar, puedes;
Pero como tñ estás dentro,
También si lo matas mueres.

Y agrego yo: bendita desconfianza si así agudiza el amor.

No fué éste, sin embargo, el caso de Don Juan

Tenorio. Don Juan ni ama ni se enamora. Es el libertino, el genuino burlador que toma a la mujer, no como un ser apreciable en su perdurabilidad, sino como un instrumento de placer fugitivo.

La gestación del Burlador fué laboriosa. Poco a poco va desarrollándose en los fecundos senos del autor, aparece incompleto y disperso en su obra, hasta la realización completa, en la plenitud e integridad de su ser, con el nombre de Don Juan Tenorio.

La concepción es de un amplio pesimismo, y si tomada al pie de la letra, de desesperante negación. Si acongoja el alma ver fracasar constantemente a Don Quijote, mucho más desalienta y más lágrimas cuesta asistir al triunfo repetido de Don Juan.

De regreso de Santo Domingo, y ahora como la primera vez en parada forzosa, se detiene Fray Gabriel en Sevilla. Allí, saliendo de España o yendo de Santo Domingo, conoció al célebre personaje. Era fácil topár con él en pocos días. No un burlador, muchos burladores habría en la opulenta Capital de Andalucía, la de refinados placeres y amables tentaciones.

Un manto tapado, un brío.
donde un puro sol se esconde,
si no es en Sevilla, a dónde
se admite?

Don Juan, favorecido por la suerte, gentil-hombre de la cámara regia, priva además en la privanza de su padre, que es valido del rey. Es un desequilibrado de la conciencia y su locura consiste en creerse inmune e invencible. Tres maneras tiene de matar y muchas de mentir. ¡Triste Don Juan, goloso de sensualidades, reverso de Abeles, de Quijotes y Franciscos!... Aunque triunfante eres tristísimo, hambriento frenético.

El a sí mismo se confiesa, se rebaja, se achica y se castiga, declarándose insaciable comedor de carne. El tipo es repugnante; pero sabemos que no es inverosímil y que no es sólo vecino de Sevilla, sino el eterno libertino, vicioso, rico y engreído, que no pudiendo dominar la perversidad de su instinto, repite el estribillo:

Si larga vida me queda,
dejad que pase la vida....

La obra es una crítica cruda a ese tipo de hombre y a ese tipo de sociedad, corrompido y corruptor. Pero aparte de su sentido dramático, a un mismo tiempo individual y social, presente y eterno, y por encima de toda tesis y de todo conflicto moral, está la maravillosa estructura artística, la admirable técnica del autor. La obra no tiene continuidad de acción, no se desenvuelve en ella una trama o intriga determinada. Son episodios superpuestos, encuentros, azares, sorpresas y aventuras que se suceden uno tras otro y que convergen hacia un centro único, atraídos fatalmente por la fuerza irresistible de Don Juan. Los cuadros podrían vivir solos, co-



mo los lienzos de una galería de pintura y producen, como ellos, la embriaguez del color.

El cuadro de Tisbea es bellissimo, con su fondo marino bañado en luz:

Robusto mar de España,
ondas de fuego,
fugitivas ondas...

A la orilla del mar la pequeña barca ennegrecida... La pescadora de piel encarnada desata sus redes y los peces tornasolados saltan sobre la arena junto a sus piés desnudos...

A pescar salió la niña
tendiendo redes...

Profusión de luces y de matices... Los colores se animan, reverberan abrasados por el sol. ¿Por qué se quejará la niña del mar tan tiernamente?

Solo la figura de Don Juan está fija en el lienzo; las otras pasan, atraviesan el espacio como manchas abigarradas e intermitentes. El maestro tuvo un gran acierto haciendo vivir su personaje central en tan lujoso ambiente plástico y poético. Como el monstruo que habita en la naturaleza, vive su fealdad; pero no puede destruir la hermosura existente. En *El burlador* hizo Tirso una obra trascendental, dolorosa, humana y eterna, en la cual expone una de esas verdades que matan.

Don Juan, como buen español, vive en medio de su aparente despreocupación la efectiva preocupación de la eternidad. Dime, le dirá al convidado de piedra, ¿gozas de Dios, o estabas en pecado mortal cuando te maté? Tuvo voluntad de matarlo; pero no de condenarlo. Materia de curioso estudio sería el singularísimo carácter de la religiosidad española, (quiero decir de la religiosidad de Don Juan) cuya fe es una especie de muralla tras de la cual se parapeta para poder pecar sin riesgo. La creencia es escudo que debe preservarlo de la condenación. A este precio no reniega de la fe.

Por él y para él, para el españolísimo Don Juan, se escribió, tanto *El Condenado* por *Desconfiado*, como la biografía del *Burlador* de Sevilla; creaciones ambas excepcionales en el teatro de Tirso por el gran sentido moral que encierran. La tesis del primero es: sin la fe no hay salvación; y está, aunque intrincada, más al alcance de la comprensión vulgar. La del segundo: la fe sin las obras no basta, es enseñanza sin duda más difícil de asimilar.

En el *Condenado* la gravedad del estilo es superada por la gravedad del pensamiento, ya que en él se dramatiza nada menos que la aparente oposición entre la predestinación y el libre albedrío.

Su autenticidad ha sido discutida; pero afirmada con énfasis por el carácter teológico de la obra, que no puede ser sino fruto de un experimentado maestro en teología, gran conocedor del dogma y de la doctrina. "Creación asombro-

sa" la llama Menéndez y Pelayo, y agrega: "el nervio teológico del *Condenado* no vuelve a encontrarse en drama alguno de nuestro teatro."

Tirso, como dramaturgo, no acostumbra hacer historia — afición en que tanto abundó Lope — pero si una vez se sujeta a la verdad, como en *La prudencia en la mujer*, dirá la crítica que es el mejor drama histórico del teatro español.

En gran parte de sus comedias está claro que el fraile de la Merced no se propone otra cosa que recrear y recrearse; o con sus propias palabras: "divertir melancolías y honestar ociosidades". Discípulo a distancia del célebre Arcipreste, las oraciones en latin y en romance, y las subrayadas picardías, suelen andar juntas sin al parecer estorbarse, aunque sí deslucirse; si bien los personajes de Tirso no son servidores que él maneja, ni el maestro se hace responsable de dichos agenos. Se mantiene a distancia. Fabrica sus fantoches y los echa a vivir. El vive su vida, que vivan ellos la suya. Si dicen donaires y atrevimientos, serán los lacayos, que no él; si sueltan sentencias graves y agudas razones, serán los señores, nunca el autor, que a lo más que llega es a director de escena. Pero son fantoches de carne y hueso, y hasta creo que en algo se nos parecen: se curan con almendradas los desvelos; si se alían y acicalan, estarán "limpios como un palmito"; y si, discutidores, se defienden con buena palabrería, es que no tienen, como tampoco nosotros, "pelos en la lengua".

Para el religioso y el filósofo la vida es una sucesión de instantes trascendentales. No así para el artista, quien va al encuentro de la belleza directamente, libremente, sin tropezar con los molestos obstáculos del *por qué* y el *para qué*.

La vida del gran Mercedario — ejemplo raro — se desenvolvía a un mismo tiempo en estos dos planos del espíritu, si no antagónicos, discrepantes. Como religioso y más que filósofo, pues era eminentemente teólogo, vivía el instante trascendental; como artista vivía el momento sin consecuencia que persigue, ciego para otro fin, la belleza estética. En perenne dualidad, evade, en cuanto puede, meterse dentro de sus personajes. El se complace y se goza en sus criaturas; pero no es su intención confundirse con ellas.

Mas un día surgirá un conflicto entre la dualidad espacial de su existencia; y del choque de la fuerza trascendente del religioso y de la dinámica sin trascendencia del artista se levantará una súbita y violenta tempestad que tomará las proporciones, no diré de "un drama conventual", aunque también lo fué, sino de una verdadera tragedia de la conciencia.

Los gongoristas atacados de flanco por la difamación del estilo del poeta y de frente por sus palabras agresivas, se vengan de él poniendo de manifiesto la flagrante contradicción de su vida: de oficio y obligación trascendental y grave, y de su arte: de vocación intrascendente y



ligera. Surge el conflicto, y el fraile es expuesto como piedra de escándalo frente a la opinión pública y a la vista y censura de los superiores sorprendidos y medrosos. La violencia de la contradicción se empeña y al fin triunfa; y el fraile, cuyo grave delito es ser poeta cómico, obediendo a sus superiores sale de Madrid para vivir en un convento lejano de la Corte, y no vuelve en ocho largos años a escribir para la escena. Escandaloso, por lo desusado, pareció a algunas falsas conciencias que el fraile mercedario, que debía dar ejemplo de parquedad y compostura, divirtiera sus ocios y los agenos con chispeantes y agudos chistes. Pero ya podía callar y descansar, después de haber escrito más de cuatrocientas comedias en 20 años, sin nunca haber disfrazado en ellas pensamientos agenos, según él mismo asegura.

El Maestro está en Salamanca. Cumple el castigo que había merecido por sus donaires literarios. Meditaría durante todo ese tiempo de silencio, meditaría largas horas, y a fuerza de meditar llegaría a la conclusión del Sabio: "que todo es vanidad debajo del sol".

Cuando en 1631 aparece en el Convento de Toledo reintegrado a sus labores de escritor, escribe "para deleitar aprovechando". Trabaja con un fin moral: vidas de santos, poesías piadosas. Aunque no se confiesa culpable de anteriores ligerezas, dice ser esta última obra de su ingenio la que más lo complace y a la que tiene mayor afición. Es posible que su alma medrase a expensas del arte. En esta miscelánea aparecen, recogidos los versos que había compuesto en Santo Domingo en honor de nuestra venerada imagen de las Mercedes.

Curado de inocentes malicias y de festivo humor, con la paz entristecida de la edad provec-ta, vuelve el fraile a Madrid. Varias veces ha sido honrado por sus superiores; ahora es reclamado por ellos para escribir la historia de la Orden, la cual se conserva manuscrita y autógrafa en la Academia Española de la Historia.

Más de veinte años habían transcurrido desde su viaje a Santo Domingo. El novelador de gramas bien podía dramatizar la historia y hacerla vivir con su robusta y ágil imaginación; que más le debe la historia a la vehemencia y colorido del narrador, que a la exactitud de un detalle muerto o inexpressivo. Desde 1637 se dedica Tirso a ser historiador de su Orden y en el trabajo gasta dos años, con particular deleite suyo.

A pesar de los trabajos que pasaban los misioneros en estas tierras nuevas, los sufrían gustosos a cambio de conocer tan maravilloso mundo. Tirso, que trató de cerca a más de un viejo conquistador, soñó con venir a América para sentirse íntegramente español. Y su sueño se realizó.

El 23 de enero de 1616 se concede licencia a siete religiosos de la Merced para pasar a la isla Española. Uno de estos religiosos era: "Fray Gabriel Téllez, Predicador, lector, de edad de treinta y tres años, frente elevada, barbinegro" . . .

Pero no fué sino el 10 de Abril del mismo año de 1616 cuando embarcaron para Santo Domingo en la fragata Nuestra Señora del Rosario. Una vez embarcados los religiosos en la nave quedaron a merced de los vientos y de las calmas, y navegando con suerte, tardarían dos meses en llegar a Santo Domingo, pues no era raro que se gastaran cuatro en medio de grandes riesgos y que salieran enfermos y maltrechos de las embarcaciones, que grande era la descomodidad de aquellos "calabozos flotantes", como los llamó Tirso.

Por vez primera se embarcaba el poeta, y seguramente sufriría la enfermedad del mar, pues en los Cigarrales de Toledo habla de la mala disposición con que el mar trata a sus bisonños.

El Maestro vivió cerca de tres años en Santo Domingo y aquí leyó tres cursos de teología. Los recuerdos del viaje, que tan honda impresion dejó en su alma, se han recogido directamente en las crónicas del poeta historiador. En ellas anota:

"La real Audiencia (que reside en la isla Española y ciudad de Santo Domingo) escribió al Supremo Consejo de las Indias proveyese de Religiosos nuestros, ejemplares y doctos, para re-formar los Monasterios que en aquella Provincia necesitan de letras y observancia. Lo cierto es que la pobreza suma de aquellas partes descaminaba a los nuestros y así, quedando sólo los inútiles, padecía la Religión algún descrédito. Los extremos siempre desbaratan las leyes y virtudes; el de la mucha abundancia descamina a no pocos del Perú, y el de falta de lo preciso para la vida desbarató ahora en esta isla lo político y lo religioso".

"Eran los que llevaba Fray Juan Gómez, los Padres Fray Diégo de Soria, Fray Hernando de Canales, Fray Juan López, Fray Juan Gutiérrez y Fray Gabriel Téllez que escribe esta segunda parte de la historia, y el que menos hizo y valió menos". (Como todos sabemos, Hernando de Canales murió en Santo Domingo y está enterrado en el templo de las Mercedes). Prosigue Tirso: "Asentáronse estudios que hoy lucen con lucimiento extraño de los naturales sin necesitar ya de lectores extranjeros, porque aquel clima influye ingenios capacísimos, puesto que perezosos. Y en fin, los que antes les habían lástima después la convirtieron en envidia".

Pero no sólo los religiosos residentes en el Convento de la Merced y aun otros naturales del país, se beneficiaron de la permanencia de Fral Gabriel y sus compañeros en Santo Domin-



go, sino que el mismo Maestro aparece ganancioso con las fuertes y duraderas impresiones que recibe con el cambio de ambiente y de lugar. Su pensamiento se vigoriza, y el que debía ser personaje central de su teatro, no bien regresa a España, se precisa en Don Juan Tenorio. Ha crecido su fantasía; con la contemplación del océano se ha agrandado su visión y frecuentemente habrá de aparecer el mar como fondo de sus cuadros escénicos; y hasta a su léxico riquísimo habrán de afluir nuevas palabras con los nombres indígenas: cacique, jicara, petaca; tiburón, jején; guayabo, mamey, piña, maíz, cacao, yuca, cazabe...

Y a propósito: comer pan de cazabe no parece haber sido para los españoles pequeño sacrificio. Echaban de menos el trigo de Castilla. "¡Ay, carne y pan de España!", dirá uno de los personajes de Tirso.

Otros misioneros también se quejarán del cazabe. El dominico Fray Juan de San Miguel escribe en carta a sus superiores el 14 de Abril de 1632: "En este convento de Santo Domingo y otros muchos de la Provincia no comen pan de trigo, centeno y otro grano, sino unas raíces que llaman yucas. Estas, rayadas en rayos, parecen aserraduras de palo, bastantemente húmedas se hacen al fuego unas tortas tan grandes como adargas berberiscas y muy redondas, y es necesario tener agua en la mesa por el riesgo de ahogarse con algún bocado, según es áspero al pasar".

Narra Tirso en sus apuntes históricos prodigiosos milagros obrados por mediación de Nuestra Señora de las Mercedes, imagen donada por Doña Isabel la Católica al gran Almirante Don Cristóbal Colón, y, según Tirso, no al Gran Almirante, sino a los primeros mercedarios que vinieron a la Española, y asegura "que fué la primera que pasó a estos lugares". La cual imagen se conserva hasta el presente con precioso respeto al arte y a la tradición en su templo patronímico de esta ciudad.

No debemos poner en duda los maravillosos sucesos que nos refiere el fervoroso mercedario, pues para los buenos hace Dios sus maravillas. Al que ama, dice San Agustín, Dios le mostrará su faz.

Fray Gabriel Téllez vió muchas veces que el rostro de la Virgen de las Mercedes se animaba, mostrando unas veces tristeza y otras alegría. Milagro que por desusado puede parecer increíble. Pero ¿qué de extraño que vieran milagros sus ojos? Mayores cosas se vieron en Manresa y en la cueva de Montesinos, y nadie pensó jamás que tan cristianos caballeros —el de la Mancha y el de Loyola— pudieran mentir.

Que Fray Gabriel Téllez fuera religioso observante, pruébalo el haber sido escogido para corregir descuidos; y que era de conciencia delicada, se desprende de las palabras que escribió al anotar en el libro de crónicas la muerte de un

santo compañero de claustro: "Conocíe mucho, dice, y siempre para confusión de mis imperfecciones".

Pone Tirso en boca de un pescador de Tenerife, que se vió en el mar en gran riesgo de muerte, estas conmovedoras palabras de amorosa fe y esperanza: "Yo he estado en la Isla Española y Convento de Mercedarios, donde hay una imagen toda maravillas, en la cual espero". Y corrobora con la fe del pescador agregando las siguientes palabras: "Es tan hermosa esta imagen, que es imposible poner en ella con atención la vista y no desahogar el corazón y el alma de cualquier congoja". "Hablo por experiencia, porque, aunque indigno, merecí vivir en el dicho monasterio, y me sucedió no pocas veces en su presencia favorable lo que afirmo".

"Muchas veces la advirtieron el semblante totalmente mudado, hechos carnes los ojos, las lágrimas copiosas bordando las mejillas, y éstas de suerte pálidas que los afectos de los presentes pasaban de la admiración a un género de pasmo y horror devoto. Los labios, hasta allí clavados, ya lirios y violetas".....

Un día, "amaneciendo el alba, se vió el hermoso rostro virginal derramando gozos... Amanecía en su cara la alegría de los cielos, del Paraíso, del sol y de la luna, dejando en estimación más venerable a la más gloriosa efigie de cuantas en el mundo nuevo tienen nombre".

Pasó Tirso en Santo Domingo un terremoto en 1617, y refiriéndose a tan desgraciado suceso, escribe: "Destrozó en el año 1617, a los principios de él, cuando los vientos son por aquel clima intolerables, la mayor parte de aquella grande y fértil isla y lo mejor de su Metrópoli, un terremoto horrible, que dió en tierra con lo más fuerte y vistoso de sus fábricas; durando esta desdicha más de cuarenta días con mortales temblores de la tierra a tres y cuatro veces en cada uno. Viéronse en manos de su perdición todos los isleños y en especial los de la ciudad que es corte suya".

"Cesaron la tempestad y terremoto; pero no del todo la prodigiosa maravilla de la amorosa cara de la Imagen, porque hasta el presente día no hay ojos tan sutiles y perfectos que, por más que la contemplen con atención curiosa, la advierten un cuarto de hora sola de un color mismo; sino unos ratos encendida más o menos; ya risueña, ya matosa y grave".

Refiérese asimismo a la justa literaria que en honor de Nuestra Señora celebraron "los ingenios de aquel nuevo orbe". A la tal justa concurren Tirso con varias composiciones, entre las cuales una canción real en cinco estancias de a quince versos, se llevó el premio a unanimidad de votos.

"Al siguiente año del terremoto, diligenciándolo el Padre Presentado Fray Juan Gómez, que era Vicario General, y los compañeros que trajo consigo (ya sabemos que el insigne Tirso de



Molina era uno de ellos) se votó a Nuestra Señora de las Mercedes por única Patrona. Era entonces presidente de la Chancillería Don Diego Gómez de Sandoval”.

Con las crónicas de la Merced termina Tirso su vida de escritor.

Aunque otras personas de reconocida rectitud y seriedad, tales como el canónigo y catedrático Don Luis Jerónimo de Alcocer, natural de Santo Domingo y contemporáneo de Tirso, y Fray Diego Rendón, un siglo más tarde, den testimonio de los portentosos milagros y maravillas que se habían efectuado en esta isla en tiempo de tribulaciones y calamidades, invocando a nuestra venerada imagen de las Mercedes, me interesa mucho más que la exactitud histórica de los pormenores que da el Maestro Tirso de Molina, su indiscutible entusiasmo al referirse a Santo Domingo; su amor despierto a todo lo nuestro; su participación en el dolor del pueblo en ocasión del mencionado terremoto; su regocijo cuando, en días felices, la muchedumbre de muchachos acude a la iglesia de las Mercedes enarbolando banderolas y cantando alegremente alabanzas y villancicos; su generoso encomio si las letras mejoran “que ya pueden, dice, prestarle saber a extrangeras tierras”; la encendida y ternísima devoción que despertaba en su alma el santuario e imagen de Nuestra Señora de las Mercedes; y, sobre todo, su agradecimiento a Dios — como de favor señaladísimo — por el tiempo que había pasado en estos lugares, donde en apacible quietud haría suyas las palabras del piadoso pastor de la Dama del Olivar:

Soledades discretas...
 ¡Oh, soledad hermosa!
Madre de Dios,
 Yo no quiero más esposa
 Ni más amores que a Vos

Ligado está Tirso de Molina a nuestra Patria por lazos de afecto y de espiritual devoción, los cuales — aún más que los de la carne y nacionalidad — son fortísimos e indestructibles, sobre todo para un religioso cuya profesión obliga a desasirse de los vínculos del mundo y de la sangre.

Los que hayan tenido la suerte de experimentar la dulzura de la devoción, podrán saber por experiencia — como el gran Mercedario — si es cierto que no hay deleite como el deleite de Dios, y si son preferibles a toda otra estancia aquellos lugares donde se hayan recibido mayores gracias de Aquel que es suave y sosegado, y que llena el corazón de suavidad y descanso.

Si tanto se interesó Tirso de Molina por las cosas de Santo Domingo, si con tanto fervor amó a nuestra venerada imagen de las Mercedes, y si tan feliz se sintió viviendo junto a ella en el convento de esta ciudad, podemos nosotros considerarlo como parte integrante de la historia viva del país y en consecuencia honrar su nombre, como algo que en cierto modo pertenece también a nuestra patria.

Murió el Maestro Tirso de Molina el 12 de marzo de 1648 en el Convento de Soria, donde fué enterrado; pero la señal de su tumba ha desaparecido. Fué, reza la inscripción del retrato que se conserva en ese mismo convento, “varón de insigne prudencia, predicador y maestro en Teología, definidor y cronista de la Orden”.

NOTA DE CLIO

Hemos desglosado del libro en el cual figura i luce el ensayo biográfico i psicológico con que la señora Flérida de Nolasco, musicóloga i escritora de alto coturno, estudia la doble personalidad de Tirso de Molina, como insigne poeta i dramaturgo en el primer siglo de oro, i de Frai Gabriel Tellez de Girón, como docto mercedario i Visitador de la Orden en la Primada de las Indias, para insertarlo en seis páginas de esta edición de “Clío”.

Ello así porque la autora escribió ese estudio con destino a su lectura, en una sesión académica, celebrada en público, si así le placía a la Academia Dominicana de la Historia; Esto no pudo ser, a su hora, porque la Academia estuvo solicitada, durante el segundo semestre del año anterior, por su participación en los actos del

Centenario de Hostos i por haber celebrado, en ese lapso, el Centenario de La Trinitaria, la recepción i visita de dos miembros de la Corporación, el Centenario de Rodríguez Objío i el acto solemne con que rindió homenaje al fundador de la Escuela Normal de Santo Domingo.

La ensayista excusará, sin duda, el abuso de confianza familiar que un error de concepto atribuya, en este caso, a la Comisión de Publicaciones de esta Revista Bimestre.

La Comisión de Publicaciones, al contrario, en representación de “Clío” i en nombre de la Academia Dominicana de la Historia, felicita a la autora por su libro i especialmente por su ensayo i le desea un cabal éxito dentro i fuera de la República.